
UNA CENTENARIA LLAMADA A LA CONCIENCIA ECOLOGICA NACIONAL

Gustavo Adolfo Soto Valverde

INTRODUCCION

Con todo acierto ha escrito Segundo Folgado que «son muchos en la época actual los indicios de que el hombre va progresivamente madurando un sentimiento de profunda simpatía por la tierra. Ante el deterioro del equilibrio del ecosistema, consecuente al progreso y desarrollo de la técnica no controlado ni encuadrado en un plan a radio universal y auténticamente humanístico, surgen por doquier iniciativas de distinto signo, culturales y políticas, orientadas a vigorizar la nueva conciencia de que el hombre y su ambiente son más que nunca inseparables» (4, p. 37). Y es que, efectivamente, ha ido formándose, cada vez más, una **conciencia ecológica**, que en muchos países es ya **nacional**. Es lo que ha pasado en Costa Rica.

Efectivamente, las situaciones que en cuestiones ecológicas se han vivido en las últimas décadas en el país, han ido despertando y madurando una **conciencia ecológica nacional**. Y no es para menos, porque así como no son pocos ni de escasa valía los tesoros ecológicos que posee nuestra patria, así también han sido muchos los descuidos y el menosprecio que se ha hecho de ellos, hasta rayar en la irracionalidad de «una crisis que tiene muchos rostros, muchas manos, muchos cuerpos y muchas causas» (5, p. 7).

La **cuestión ecológica nacional** se ha abordado desde muy distintos puntos de vista. Y también desde muchos, y aun opuestos, sectores de la sociedad. Cada día crece más el clamor de quienes, sobre todo en los últimos años, sienten la responsabilidad de llamar la atención especialmente de lo que está pasando en torno a la cuestión ecológica, tanto por sus causas como por sus devastadores efectos. Sin embargo, no es un llamado nuevo. Ya hace casi 100 años se levantó una voz para poner en guardia al país sobre el descuido, el uso irracional y la falta de planificación en el aprovechamiento de las riquezas ecológicas nacionales.

En efecto, fue el *Benemérito de la Patria y de la Religión*, Monseñor Bernardo Augusto Thiel, uno de los más ilustres Prelados de la Iglesia Católica costarricense, y aun latinoamericana (cfr. 8, p. 16), quien supo mirar al futuro y alertar a los responsables de los destinos patrios sobre los efectos que traería, para la entonces Costa Rica del mañana, que hoy es la nuestra, la irracionalidad en el uso de riquezas naturales.

Como solía hacerlo siempre, Monseñor Thiel hizo ese llamado con un manifiesto conocimiento de causa, con una claridad de conciencia asombrosa para su época y con la certeza propia de un hombre de ciencia. Por eso, aquellas sus palabras a la Costa Rica de entonces, son, también, un llamado sincrónico al presente... a la **conciencia ecológica nacional**.

Este es, precisamente, el objetivo del presente estudio: dar a conocer aquel llamado y contribuir, con ello, a fomentar la toma de conciencia y la reflexión seria y desapasionada sobre un tema tan importante y decisivo, en el que, de una u otra manera, se juega, incluso, el destino mismo de la humanidad.

Para desarrollar nuestro trabajo, el orden que seguiremos es el siguiente: **primero**, nos referiremos a Monseñor Thiel y al contexto histórico de su episcopado; **segundo**, presentaremos las líneas de pensamiento contenidas en aquel llamado a la conciencia ecológica del país; y **tercero**, concluiremos con los pertinentes **pensamientos finales** y el señalamiento explícito de la **bibliografía** utilizada.

1. HACE 100 AÑOS ...

"...gobernaba la Iglesia de Costa Rica Monseñor Bernardo Augusto Thiel". Era su segundo Obispo. Nuestro país había sido constituido en **Diócesis** el 28 de febrero de 1850, mediante la Bula «*Christianae Religionis Auctor*» del Papa Pío IX (11, p. 44). Su primer Obispo fue Monseñor Anselmo Llorente y Lafuente, quien dejó en herencia, como ha escrito el historiador Ricardo Blanco Segura, «una obra de incalculable magnitud» (2, p. 60).

Monseñor Thiel asumió el episcopado costarricense después de una larga sede vacante y en medio de una conflictiva situación histórica, tanto eclesial como civil, tras la muerte de Monseñor Llorente en 1871. Fue consagrado segundo **Obispo** de Costa Rica en la Catedral de San José, el 5 de setiembre de 1880 y ejerció su servicio pastoral por fecundos veintiún años, hasta su muerte ocurrida el 9 de setiembre de 1901 (11, p. 171-3).

Aquel fin de siglo en que gobernó esta Iglesia Monseñor Thiel, fue, ciertamente, una de las etapas más difíciles, complejas e intensas de la historia del país. En su inmortal obra **Bernardo Augusto Thiel**,

Monseñor Sanabria ofrece el más brillante y equilibrado análisis histórico que se haya hecho sobre este singular período (vid. 8). Por nuestra parte, podemos resumir, de alguna manera, en cuatro grandes renglones las aristas más destacadas del episcopado de Monseñor Thiel.

a) En aquella época, la Iglesia tuvo que hacer frente a los embates del liberalismo decimonónico, que en su forma de *liberalismo rojo* o *anticlerical*, como lo han llamado algunos autores (cfr. 9, pp. 58-9), se impuso en el Estado costarricense. No es éste el lugar apropiado para entrar en el análisis y en el enjuiciamiento histórico de tales sucesos, que hemos abordado en otro momento (cfr. Ibid, pp. 56-79), pero sí conviene destacar que fue un tormentoso enfrentamiento, prolongado por casi veinte años, que dificultó, en mucho, y caracterizó, sin lugar a dudas, el episcopado de Monseñor Thiel, demandando de él esfuerzos y trabajos más allá de lo que podía esperarse en la ya de por sí difícil tarea episcopal (vid. 8).

b) La cuestión social exigió, por su parte y de manera muy especial, los esfuerzos de la Iglesia de aquella época. Con la palabra y las acciones, Monseñor Thiel trabajó incansablemente, como cabeza de la Iglesia local, por el bienestar de las clases trabajadoras del país. Son muchos y de grueso calibre los documentos que este Prelado dedicó a la cuestión social y que hemos reseñado en nuestro libro *El Magisterio Pastoral Costarricense* (cfr. 10, pp. 56-63). No menos valientes y decididas fueron, también, muchas de sus acciones en favor de las clases trabajadoras del país, que lo llevaron, inclusive, a nuevos y dolorosos enfrentamientos con el Estado costarricense (cfr. 9, pp. 79-87). Con toda razón, pues, ha escrito Carlos Luis Fallas Monge, refiriéndose a aquellos años, que «en medio de la acongojante situación socioeconómica originada por la crisis, sólo se escuchó como único rayo de esperanza, la voz de la Iglesia Católica costarricense» (cit. en 9, p. 86).

c) Grande y muy intensa fue, también, la obra de *gobierno eclesiástico* de Monseñor Thiel. Con no poco conocimiento de causa ha escrito el historiador Blanco Segura que «resulta muy difícil resumir en pocas palabras su admirable obra de gobierno» (2, p. 63). La Diócesis de Costa Rica abarcaba, por entonces, todo el territorio nacional. Contaba con escaso número de sacerdotes y con todavía más reducidos recursos materiales. Ninguna de las carencias y congojas que caracterizaban a la Costa Rica de hace cien años, faltaban en la Iglesia local... No obstante, para este Prelado no hubo barreras: «como Sacerdote, fue de intachable virtud y dedicación a su ministerio; como Obispo, celoso, de espíritu apostólico, incansable en el engrandecimiento de su Diócesis; como Gobernante, prudente y vigilante de la dignidad de la Iglesia» y como Pastor, de un extraordinario celo apostólico y misionero (Idem). La Diócesis entera fue atendida, en

todo, personalmente por él: visitó 4 veces su territorio completo; hizo 5 viajes a Talamanca, 2 viajes a Chirripó, 4 viajes a Térraba y Boruca y 5 viajes a Guatuso (cfr. Ibid, p. 64). Con toda razón, pues, se ha dicho que fue «uno de los más grandes Prelados que han gobernado la Iglesia costarricense» (Ibid, . 63).

d) En medio de tantas responsabilidades y trabajos, Monseñor Thiel fue, también, un hombre de ciencia, un acucioso filólogo y un historiador consumado. Como historiador, cultivó este campo con verdadero afán y enorme provecho, tanto que, como ha escrito su más autorizado biógrafo, «a Monseñor Thiel corresponde con toda verdad el título insigne de padre de la historia eclesiástica costarricense» (8, p. 554). Como filólogo, no sólo dominaba con soltura más de un idioma, sino que fue pionero en el estudio de las lenguas indígenas del país. Sus trabajos han sido muy importantes en el campo, sobre todo por ser, prácticamente, los primeros. Ellos lo llevaron, también, al estudio de la etnografía y las culturas indígenas del país (cfr. ibid, pp. 551-4), haciendo de este Prelado un auténtico hombre de ciencia: *un humanista y un antropólogo*. Sus trabajos académicos lo pusieron en contacto con distinguidos científicos extranjeros de la época, como el profesor Polakowsky, Alfonso Pinart, Henry Pittier y Carlos Bovallius, entre otros; también tuvo correspondencia académica con destacados hombres de ciencia del país, como León Fernández, Manuel María de Peralta, Anastasio Alfaro, Cleto González Víquez, Ricardo Fernández Guardia, Pedro Pérez Zeledón y Juan Fernández Ferraz, entre muchos más (Ibid, pp. 554, 9).

No debe resultarnos extraño, entonces, que un hombre de la talla de Monseñor Thiel se haya preocupado, también, de la cuestión ecológica del país. Y que lo haya hecho de manera muy atinente y provechosa, tanto, que sus palabras de hace casi un siglo siguen teniendo eco en la Costa Rica de hoy, no obstante que, como hijo legítimo de su época y como prelado de la Iglesia, su manera de entender y de expresarse en estos temas guarda toda la singularidad del entorno cultural, humanístico y eclesiástico característica de la época.

2. UNA CARTA ...

...es el instrumento de que se valió Monseñor Thiel para llamar la atención del país sobre la cuestión ecológica.

En efecto, en 1901, al despertar el siglo XX, un grupo de distinguidos costarricenses, vinculados profesionalmente con el entonces *Ministerio de Instrucción Pública*, organizaron un *Comité* para promover el conocimiento y aprecio de la naturaleza en los niños y jóvenes de las escuelas y los colegios, con la idea de efectuar, durante un día, una resiembra de árboles en algunos lugares del Valle Central.

El 15 de abril de aquel año, don Francisco Serrano, don Miguel Obregón y don Ciriaco Zamora, en nombre del mencionado *Comité*, se dirigieron a Monseñor Thiel, *Obispo* de Costa Rica, para invitarlo al acto que se realizaría el 15 del mes siguiente con el nombre de la «*Fiesta de los Árboles*». El Prelado no dudó en responder a la invitación con una *carta* escrita el 4 de mayo de 1901. Y aprovechó su respuesta no sólo para agradecer la invitación de que era objeto, sino, muy especialmente, para llamar la atención del país sobre el recto entendimiento de la cuestión ecológica nacional (vid. 12).

Comienza su *carta* acusando recibo de la invitación, que llegó a sus manos durante su visita pastoral a la provincia de Guanacaste en aquel mes de abril. Luego se refiere a los motivos de la invitación y a su participación en la iniciativa del *Comité*. Les escribe: «*Veo que U.U. quieren imitar en Costa Rica la idea iniciada en Italia por el Ministro de Instrucción Pública, el Doctor Baccelli, acogida con entusiasmo por algunas repúblicas sudamericanas; y que al efecto se ha formado aquí un Comité organizador de la fiesta en el cual U.U. figuran como miembros. Con gusto correspondo a su invitación de colaborar en cuanto me corresponda a la realización de su proyectada fiesta*» (Idem).

Inmediatamente, con el singular y vasto conocimiento de humanista que poseía, contextualiza la actividad que se pensaba hacer contando la experiencia que dio origen a este tipo de iniciativas. Cuenta cómo «*durante muchos años especuladores sin escrúpulos, sin previsión de los daños que hacían, y sin sentimientos estéticos, atraídos únicamente por el lucro del momento, se ocupaban en Italia, en cortar todos cuantos árboles podían comprar, ya en los bosques, ya en los caminos públicos, en las orillas de los ríos y en las propiedades privadas*». Y puntualiza la manera en que la responsabilidad de las autoridades, oportunamente cumplida, puso límite a tan irracionales acciones: «*su proceder -escribe- hubiera sido funestísimo para el país, si el gobierno, justamente alarmado, no hubiera puesto término a sus devastaciones y ordenado una nueva siembra general de árboles*» (Idem).

Es interesante notar que entre los efectos negativos del uso irracional de las riquezas naturales que pormenoriza el Prelado, incluya lo *estético*. Y es muy interesante porque en nuestro mundo contemporáneo poco se ha puesto la atención en ello. Nadie niega el impacto biológico del uso irracional de las riquezas naturales, que el Prelado llama *daños no previstos por los especuladores sin escrúpulo*, que explotan absurdamente la naturaleza; pero pocos recuerdan que también el ser humano es *un animal estético* y que la naturaleza juega, en ello, un papel decisivo, sobre todo, en el desarrollo de la *creatividad humana* y en el *equilibrio integral* del hombre.

Continuando su relato acerca de la experiencia italiana, Monseñor Thiel recoge algunos criterios científicos de la época, que justifican el recto aprovechamiento de las riquezas naturales. Escribe: «*el Doctor Baccelli, uno de los médicos más celebres de Italia, entonces Ministro de Instrucción Pública, fue el principal promotor de la medida gubernativa. El, no sólo demostró que los árboles son muy útiles y de gran ornato, que dan sombra y alegran la vista, que impiden el levantamiento y empobrecimiento de los terrenos altos, que favorecen y regularizan el descenso de las lluvias, sino que quiso también que el recuerdo de la replantación de árboles en Italia fuese celebrado por medio de una solemnidad, en la cual debían tomar parte todas las escuelas primarias y secundarias, los profesores, inspectores, y hasta el Ministro debía realzar la solemnidad en favor de los árboles y arbustos con su presencia*» (Idem).

Cuenta, asimismo, a manera de ejemplo y de invitación para que los gobernantes del país asuman su responsabilidad en la actividad planeada, la forma en que se realizó en Italia en el año 1900. Dice que «*asistieron el rey y la reina en persona a la fiesta de los árboles. El Ministro o alguna persona designada por él, pronuncia el discurso, sigue la siembra de árboles por los alumnos de ambos sexos con un entusiasmo admirable. Durante la plantación se canta un himno a los árboles, sigue un ligero refresco con brindis diversos, y por fin desfilan niños y niñas delante del Ministro y demás autoridades. En Roma fue escogido el vasto terreno de la Farnesina, situado cerca del Ponte Molle, para la siembra de los árboles*». Y concluye su relato con una evocación al legítimo disfrute de los dones naturales: «*ya sueñan los habitantes de Roma en las alegres tardes que han de pasar a la sombra de los árboles sembrados por manos juveniles, saboreando los vinos de los Castelli romani*» (Idem).

Una vez referida la experiencia italiana, que está en la base de la actividad planeada para aquel mayo de 1901 y que le sirve al Prelado como telón de fondo para la exposición de sus ideas, aborda la cuestión ecológica del país.

«*En Costa Rica -continúa escribiendo- la destrucción de los árboles está muy lejos de sentirse de la misma manera como en Italia. Tenemos todavía bosques inmensos seculares, y aun en el interior (entiéndase, en el Valle Central), en donde prevalecen las plantaciones de café*», pues este arbusto permite la siembra «*de los árboles protectores del mismo*». Sin embargo, a pesar de ello, afirma, «*sentimos aquí la desaparición de ciertos árboles utilísimos de construcción, como el cedro, la caoba y otros. Los centenares de miles de cedros y caobas que existían al principio del siglo XIX en el interior, en las provincias de San José, Heredia, Alajuela y Cartago, han sido cortados sin resembrar un solo árbol. Esto es triste, y ahora lo sentimos viéndonos en la necesidad de traer las ma-*

deras de construcción de los lugares más remotos accesibles, en donde también disminuyen cada día más. En la provincia de Guanacaste se han explotado igualmente las maderas útiles, el cedro, la caoba y el brasil, en los últimos veinte años en tal escala, sin pensar en la resiembra, que estos árboles se deben llamar ya raros y escasos en la Provincia» (Idem).

Ante una situación así, que por cierto en nada refleja la gravedad que hoy reviste este problema, el Prelado urge una solución inmediata: «el peligro de la desaparición de los árboles valiosos y útiles nos amenaza, luego necesario es que se despierte el interés y entusiasmo por la replantación de ellos» (Idem).

Es digno de notarse que Monseñor Thiel habla de una *resiembra de árboles cortados*, de una *reposición*, de una *replantación*, no del cultivo de especies foráneas que destruyen los suelos, como ha sucedido en más de un intento de reforestación en nuestros días. Y no es que pensemos que Monseñor Thiel tuviera un conocimiento científico de la reforestación, ni pensara como piensan hoy los hombres de ciencia, pero sí destacamos su enorme sentido común, que, a la postre, lo llevó a sostener una tesis tan actual.

Una vez planteado *el problema*, que así explícitamente veía el Prelado en los albores de nuestro siglo, comienza a señalar algunas de sus posibles causas y soluciones. Expone que una de las causas es «el constante aumento de la población» que «exige que cada año se dedique un área mayor a la agricultura y pastos de animales». Ello, explica, hace que disminuyan paulatinamente los bosques, que «desempeñan un papel importante en la climatología del país». El problema alcanza, así, una magnitud que desborda las iniciativas particulares. Por eso, escribe, es imprescindible la intervención de las autoridades públicas en el asunto: «la misma legislación que ahora prohíbe el corte de los árboles en las orillas de los ríos y quebradas, debería también reglamentar el desmonte de los bosques, eximiendo, por ejemplo, las zonas altas y cumbres de las montañas, y ordenando, en los puntos en donde el hombre por inconsideración ha ido demasiado lejos en los desmontes, la resiembra de cedros, caobas y otros árboles útiles» (Idem).

En este contexto, Monseñor Thiel destaca el papel decisivo que tiene la educación de los niños y de los jóvenes en la búsqueda de soluciones en materia tan delicada. Escribe: «El proyecto de despertar en nuestra juventud de ambos sexos, tanto de enseñanza primaria como secundaria, el amor a la naturaleza exterior, y con preferencia a los árboles, por medio de exposiciones teóricas claras y sucintas y la práctica de la siembra de árboles, rodeada de todo el aparato de una solemnidad exterior que conmueva los ánimos juveniles y les deje impresiones favorables y permanentes para toda la vida, es digno de toda alabanza

por la utilidad que ha de producir en el porvenir a la patria» (Idem).

En este sentido, el papel de la educación, que también debe llegar a todos los niveles, es trascendente, sobre todo porque abonará el terreno para que las medidas gubernativas que se tomen en el asunto, se hagan efectivas en su momento. Dice: «la Fiesta de los Árboles iniciada por U.U. despertando el entusiasmo en la juventud e ilustrando con discursos prácticos y adecuados las masas populares sobre el papel importante que tienen en la naturaleza los árboles, preparará el terreno para que las disposiciones legislativas que en tal sentido fueren dadas, sean recibidas con aplauso por los pueblos, y respetadas y ejecutadas con su buena voluntad» (Idem).

Tal debe ser la naturaleza y el sentido de las iniciativas que se promuevan en el campo ecológico: «bajo estos puntos de vista aplaudo la fiesta nueva proyectada y dese U.U. alcancen un éxito feliz» (Idem).

Pero no acaban allí las preocupaciones de este ilustre Prelado en cuestiones de ecología. Preveía, como lamentablemente ha pasado y sigue sucediendo en más de un caso, que bajo la bandera de la ecología se pueden encubrir otros ideales y otros proyectos, ajenos a ella. Por eso, con un discurso muy propio de su época y de su condición episcopal, escribe: «el peligro que asoma en esta clase de empresas, como se ha notado en Italia y en otras partes, consiste en que ciertos elementos de la sociedad que carecen de fundamentos religiosos sólidos, aprovechen estas ocasiones para hacer propaganda para sus falsas ideas naturalistas y positivistas que rechaza el pueblo cristiano. En varios discursos pronunciados en tales fiestas en otras partes, se nota una tendencia a encomiar cierto neo-paganismo moderno, ideal de algunos ilusos. Con tales tendencias malsanas se hacen sospechosas y destruyen medidas en sí utilísimas. Espero que Costa Rica sabrá evitar tales escollos» (Idem).

¿No estaba hablando este Prelado para el mundo de hoy? Es evidente que su mensaje nunca ha sido más actual. Fue, sin la menor duda, un llamado sincrónico a la conciencia ecológica nacional... un llamado que tiene para nosotros cien años de historia.

PENSAMIENTOS FINALES

Para poner punto final al presente artículo, queremos detallar algunos pensamientos sobre la manera en que vemos la cuestión ecológica.

Compartimos los criterios, serios y desapasionados, de Monseñor Thiel, que, en el fondo, son los de la tradición cristiana. Y nos parece extraordinario que un Obispo de hace cien años haya visto con tanta claridad el problema. Y que haya aportado propuestas que todavía hoy tienen validez.

Por nuestra parte, no dudamos en afirmar que *el mundo, la naturaleza, es el hogar del hombre*. Que el hombre es el señor de la creación y que está llamado a someterla a su dominio, sin esclavizarla ni mucho menos destruirla. «*El mundo -ha escrito con todo acierto Georges Auzou- sorprende mucho a los hombres, sobre todo a aquellos que lo miran y lo escuchan y se dejan impresionar por él. Los hombres, inevitablemente, son de este mundo y están en él; y este mundo no deja de parecerles, a la vez, familiar y lejano, conocido y desconocido, extraño. Teniendo que vivir en el mundo, con él y por él, cosa que nunca fue fácil, los hombres se dan cuenta rápidamente de que necesitan conocerlo y comprenderlo cada vez mejor*» (1, pp. 15-6).

El dominio del hombre sobre el mundo no puede ni debe ser *arbitrario, despótico o tiránico*, sino *dialogal, respetuoso y fraterno*, tal y como lo experimentó existencialmente Francisco de Asís y como lo expresó en su inmortal **Cántico al Hermano Sol** (cfr. 6, p. 31). Y es que, como ha dicho Gabriel Cañellas, «*si el destino del hombre es el dominio de la creación, ello implica en el hombre una tremenda responsabilidad: mostrar la belleza y la excelencia que Dios ha reconocido en su creación. Si el mundo ha sido desacralizado y entregado al hombre, no significa que éste pueda dominar la creación en el sentido de saciar sus ambiciones y poder por medio de una dinámica contracreacional que gire alrededor de su explotación y destrucción. El poder del hombre ha alcanzado proporciones ilimitadas. El problema, hoy día, no es ya el de adquirir poder sobre la naturaleza. Pero usar de este poder en responsabilidad por la naturaleza y por el futuro del hombre, ese sí es el problema del presente*» (3, p. 77).

No hay duda de que la conservación y recta administración del mundo ecológico es decisiva para el futuro mismo de la humanidad. Y que cuanto se haga en este sentido será siempre poco. Pero nunca estaremos de acuerdo con quienes sostienen la tesis que eleva al mundo por encima del hombre, que le da un lugar preferencial y anterior al hombre, prefiriéndolo a la persona humana. Este es, para nosotros, el punto más débil, insostenible, de muchos de los movimientos «*ecologistas*» del presente. Y pensamos que a ellos se aplica, como a nadie, la advertencia de Monseñor Thiel, pues más pareciera que invocan los motivos ecológicos para encubrir posturas ideológicas de no claro signo, que para propiciar una auténtica defensa y promoción de las riquezas ecológicas.

Y terminamos nuestras reflexiones afirmando, con Antonio Salas, que «*el mundo entero es expresión de ese poder creador de la divinidad, la cual ha vertido en el ser humano la más exquisita dinámica de poder, providencia y amor. Pero el hombre ha reci-*

bido tales dones de Dios, no para que los use a su antojo, sino para que los proyecte sobre el conjunto creacional, inyectándole la fuerza de su amor» (7, p. 35). ¿Aceptaremos el reto?

BIBLIOGRAFIA

(1)

Auzou, Georges. En un principio Dios creó el mundo. España: Verbo Divino, 1982.

(2)

Blanco Segura, Ricardo. Obispos, Arzobispos y Representantes de la Santa Sede en Costa Rica. San José: EUNED, 1984.

(3)

Cañellas, Gabriel. "Creación y Tierra Prometida". En: Revista Biblia y Fe, vol. XVI, mayo-agosto de 1990.

(4)

Folgado, Segundo. "Ecología y Teología". En: Revista Biblia y Fe, vol. XVI, mayo-agosto de 1990.

(5)

Müller, Geiko. "La vida al servicio de la vida. Algunos criterios para una ética ecológica". En: Revista Praxis, nn. 43-44, octubre de 1992.

(6)

Nigg, Walter. Francisco de Asís. España: Sal Terrae, 1979.

(7)

Salas, Antonio. "La ecología: perspectiva sociológica-perspectiva religiosa". En: Revista Biblia y Fe, vol. XVI, mayo-agosto de 1990.

(8)

Sanabria Martínez, Víctor. Bernardo Augusto Thiel. San José: ECR, 1982.

(9)

Soto Valverde, Gustavo Adolfo. La Iglesia Costarricense y la Cuestión Social. San José: EUNED, 1985.

(10)

———. El Magisterio Pastoral Costarricense. San José: CECOR, 1991.

(11)

———. Los 500 años de la Iglesia Católica de Costa Rica. San José: CECOR, 1992.

(12)

Thiel, Bernardo Augusto. Carta a los señores Serrano, Obregón y Zamora sobre la cuestión ecológica costarricense, 4 de mayo de 1901. Publicación póstuma con ocasión de la inauguración del monumento al Prelado en el Centenario de la Independencia Patria. Diario de Costa Rica, 12 de octubre de 1923.